

Lombardía, cuyo desarrollo republicano favoreció contra el alto clero y la aristocracia feudal, y en fin, con los príncipes y prelados alemanes. En cuanto á estos últimos, tuvo la gran ventaja de que Enrique IV les había dado bastantes motivos de queja, algunos supuestos, pero los más verdaderos, habiendo incurrido en toda clase de errores en sus relaciones con los grandes y hasta con tribus enteras del imperio. Gregorio contó además con la circunstancia de que, durante la menor edad del rey, se había desarrollado con toda su fuerza la antigua anarquía de la nobleza alemana; de modo que muchos magnates alemanes, desde el duque hasta el hidalgo segundon,



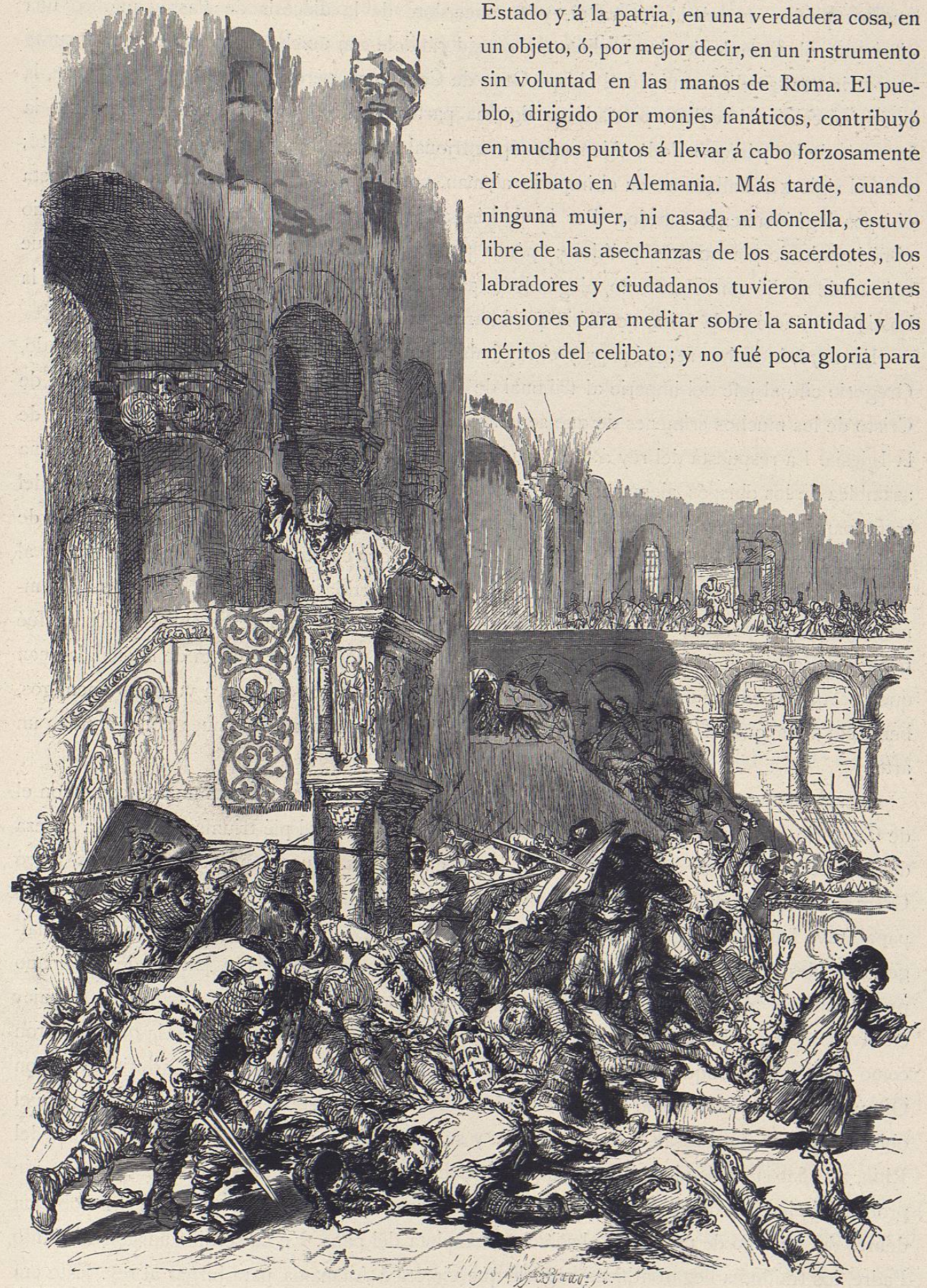
LOS CRUZADOS

enarbolaron resueltamente la divisa de Roma: «libertad alemana», rebelándose así contra el jefe legítimo del imperio. En cambio, la gran mayoría de las ciudades alemanas se mantuvo fiel á las banderas del rey y de la patria; y por lo que respecta á los obispos alemanes, tampoco se avinieron todos á ser criados del papa y á carecer de voluntad propia, como sucedió ocho siglos despues: en el siglo XI muchos de ellos se conservaron leales á su rey y á su país, á pesar de las excomuniones papales. Y aún podemos decir que los más de los prelados alemanes tuvieron suficiente patriotismo para mantenerse fieles á su rey, excomulgado por el papa, hasta el momento en que aquél, mal aconsejado por torpes favoritos, les irritó con sus imprudencias.

Todo el mundo conoce las tres grandes medidas con que Gregorio inició la lucha que debia conducir al triunfo completo de la Iglesia sobre el Estado. Reducíanse á prohibir rigurosamente la simonía; vedar el matrimonio á los sacerdotes, y, en fin, conceder la investidura seglar, es decir, otorgar á los príncipes del país la investidura de los prelados, con anillo y báculo, ó, en otros términos, hacer partícipe al poder político en los empleos eclesiásticos. Claro es que el papa se proponia con esto separar al sacerdote de la familia, y por lo tanto de la sociedad, separar la Iglesia completamente del Estado, es decir hacerla superior á éste. Lo que más efecto produjo bajo el punto de vista moral y político fué el celibato forzoso, la obligacion impuesta á los sacerdotes de abstenerse del matrimonio. Por la imposibilidad de contraerle

legítimamente (las uniones ilegítimas se perdonaban sin dificultad, con tal que no se cometieran demasiados excesos), el sacerdote se convirtió en un sér ajeno á la familia, á la comunidad, al

Estado y á la patria, en una verdadera cosa, en un objeto, ó, por mejor decir, en un instrumento sin voluntad en las manos de Roma. El pueblo, dirigido por monjes fanáticos, contribuyó en muchos puntos á llevar á cabo forzosamente el celibato en Alemania. Más tarde, cuando ninguna mujer, ni casada ni doncella, estuvo libre de las asechanzas de los sacerdotes, los labradores y ciudadanos tuvieron suficientes ocasiones para meditar sobre la santidad y los méritos del celibato; y no fué poca gloria para



HEZILO EXCITA Á SUS PARTIDARIOS Á LA LUCHA

el clero alemán el hecho de haber sido preciso obligar forzosamente á su mayoría á someterse á este decreto, tan contrario á la naturaleza. Todo lo que habia de bueno y honrado en nuestro pueblo se rebeló contra él, y un sacerdote de la diócesis de Passau publicó una elocuente obra combatiendo el celibato, y considerándole con mucha razon como una «locura» contra la cual predicó tambien el obispo Oton de Constanza, pero inútilmente. No obstante, la oposicion contra el celibato persistió en algunas partes mucho tiempo aún: en el siglo XII, la mayoría de los párrocos de la Alemania septentrional estaban todavía casados legítimamente; y en el siglo XIII hallábanse en el imperio alemán, por ejemplo en Silesia, sacerdotes y hasta obispos legítimamente casados. Por lo demás, al imponer el celibato obligatorio, Gregorio obró impulsado por razones políticas; apenas pensaria entónces en el motivo dogmático que más tarde se dió como pretexto, alegándose que el sacerdote que todos los días consagra la hostia en el acto de la misa, no debia profanarse por el matrimonio.

En 1076, la lucha entre el papa y el rey habia llegado á su apogeo: por medio de su legado, Gregorio citó al jefe del imperio al tribunal de Roma para justificarse ante el representante de Cristo de los muchos crímenes de que se le acusaba, cometidos contra el derecho y el órden de la Iglesia. La respuesta del rey á tan inaudita pretension se redujo á convocar en Worms una asamblea de los obispos alemanes, en enero del citado año, en la cual declaró destituido del trono papal «al falso y perjuro monje Hildebrando». El papa, á su vez, reuniendo un sínodo de prelados romanos é italianos en la iglesia de San Salvador de Roma (febrero), hizo declarar al rey destituido del imperio, excomulgóle con todos sus partidarios y fulminó el anatema solemnemente. La emperatriz viuda, Inés, madre de Enrique, que entónces residia en Roma, fué testigo presencial de la condena lanzada contra su hijo y pudo darse cuenta de la facilidad con que apelan á la excomunion los representantes del que ha dicho: «¡Amad á vuestros enemigos, bendecid á los que os persiguen!», facilidad que han perfeccionado despues como si fuera un arte.

Cierto que con el cristianismo de Jesucristo no se alcanza tanto en este mundo como con el de Gregorio, y sobre todo no se consigue con el primero poner el pié triunfante sobre la cabeza del rey de una nacion la más poderosa de su época, cosa que, como todos sabemos, logró Gregorio VII. El anatema fulminado por Gregorio contra el rey alemán, aquel temible rayo papal, tuvo bastante fuego para fundir la ligera soldadura del estado feudal alemán. Los hidalgos rebeldes sirvieron de instrumentos al enemigo mortal de nuestra patria, de antemano preparados por algunos corifeos clericales, como el obispo Bukko de Halberstadt, para trabajar en favor del papa. Muy pronto se formó contra el rey una gran conjuracion en la que figuraron como príncipes los duques Rodolfo de Suabia, Wolf de Baviera, Bertoldo de Carintia y el sajón Oton de Nordheim; y como miembros eclesiásticos el arzobispo Gerardo de Salzburgo y el obispo Altmann de Passau. Los conjurados y sus partidarios, reunidos en Tribur, á orillas del Rin, acordaron en octubre de 1076 que Enrique, el rey excomulgado, debia abstenerse por lo pronto del ejercicio de su dignidad real, y además renunciar del todo á la corona si no obtenia dentro del término de un año la absolucion completa del papa. En su servil sumision al Santo Padre, los traidores llegaron hasta rogarle que viniera á Alemania para juzgar al rey. Esto era lo que ante todo queria evitar Enrique, y reconociendo que la corriente de la opinion pública

era demasiado poderosa contra él, por efecto de la excomunion, resolvió adelantarse al papa, cruzar los Alpes y obtener á toda costa su completa absolucion.

Tal determinacion fué el prólogo de aquella ignominiosa escena de Canossa, única en la historia universal, y que en los anales de nuestro pueblo se ha consignado como una amonestacion ó advertencia de terrible gravedad. Aquella fué la humillacion más servil que jamás sufrió el germanismo del romanismo, el Estado de la Iglesia. El hijo de Enrique III, el rey más grande del cristianismo, hubo de someterse al papa-monje Gregorio, al hijo del Labrador de Roavaco, recibiendo un perdon otorgado con altanería y no escaso en condiciones. Pero considerando bajo un punto de vista puramente humano lo que sucedió desde el 25 al 27 de enero de 1077 en el castillo de la condesa Matilde (de la que se dice que hospedó al papa como Marta á Jesus, escuchando sus palabras como María), que se eleva inexpugnable sobre las rocas al sur de Reggio, hállase en el fondo algo que aún puede aplacar la ira patriótica de un alemán, pues entónces el espíritu (dado el carácter del siglo XI) obtuvo en Canossa un triunfo sin ejemplo sobre la materia, el pensamiento sobre la fuerza física, la idea sobre la espada. Y los días de Canossa señalaron además un cambio en los destinos, pues desde entónces el astro de Gregorio comenzó á eclipsarse lentamente, hasta que el 25 de mayo de 1085 el papa murió fugitivo en Salerno, siempre indómito, y tan convencido de su derecho que, segun se dice, sus últimas palabras fueron: «He querido la justicia y odiado la injusticia; por eso muero en la miseria». Enrique, el penitente de Canossa, vengó bien á la nacion, maltratada en su persona, entrando triunfante en Roma (marzo de 1084), donde destituyó á Gregorio VII, haciendo elegir por sucesor á Clemente III, y ciñéndose por su propia mano la corona imperial. Sin embargo fué infeliz toda su vida. Enrique se defendió contra el nuevo rey Rodolfo, elegido por los rebeldes, y sofocó la sedicion; pero hubo de sufrir la más amarga pena que puede afligir á un padre, la traicion y rebelion de sus propios hijos, Conrado y Enrique. Poseído de profunda amargura, murió por fin en agosto de 1106, perseguido hasta en su tumba por el odio salvaje de los sacerdotes de la religion del amor.

Sucedióle en el trono real de Alemania con el nombre de Enrique V, su desnaturalizado hijo, coronado emperador en 1111 en San Pedro de Roma por el papa Pascual II. Enrique V fué un hombre astuto, tenaz, sin escrúpulo alguno, y que por su proceder con Pascual II demostró ya claramente que estaba formado con la materia de los déspotas. Habia recibido como herencia de su padre la continuacion de la doble lucha de la corona del imperio contra la tiara pontificia, y del órden político contra la anarquía de la nobleza alemana; pero guerreó intrépidamente contra ambos enemigos, sin dejarse intimidar por la excomunion y el anatema, que Roma fulminó tres veces contra su persona.

Sin embargo, vióse al fin en la precision de consentir en el concordato de Worms (1122) que puso término á la contienda, mediante la condicion de que la investidura se otorgara esencialmente á costa del Estado. El emperador murió sin hijos en 1125, y en realidad, á ser franco, debió reconocer en su lecho de muerte que el espíritu que habia vencido á su padre, es decir, las ideas de Gregorio VII, que aún entónces producian sus frutos, habian triunfado tambien de él. La separacion rigurosa de los sacerdotes y seglares, la constitucion del sacerdocio en casta, siguió siendo regla invariable. La Iglesia alemana, es decir, un Estado dentro de otro, ó más bien

sobre él, sólo fué ya una especie de sucursal romana, porque la jurisdicción sobre los obispados estaba efectivamente en manos del papa y porque la mayoría de los arzobispos, obispos, abades, monjes, párrocos y vicarios alemanes, en una palabra, todo aquel numeroso ejército tonsurado, que se distinguía por su disciplina, había reconocido al papa como supremo señor y soberano. Esta clase se mostró tan humilde con Roma, como altanera para con su país, y pudo mantenerse tanto más firme y tranquila en su posición soberana, cuanto que contaba con la seguridad de encontrar en los príncipes alemanes, aliados voluntarios contra el rey-emperador, que sólo podía disponer, además de las fuerzas de su casa, de la tosca máquina del Estado feudal, desarrollado completamente, pero que por lo regular se negaba á funcionar en la hora decisiva. Bien mirado, todo el poder imperial se basaba ya sólo en la sumisión de los grandes barones del imperio, de los duques y obispos, de los condes y abades, debiéndose advertir, no obstante, que algunos jefes enérgicos del imperio la consiguieron á veces, y hasta obtuviéronla por fuerza; pero semejante sumisión no fué nunca otra cosa que un triste paliativo dictado por la necesidad, y que jamás dió resultado bueno y duradero. El Estado feudal, juiciosamente examinado, sólo fué en todas partes una anarquía organizada; pero en el imperio alemán, sin embargo, la forma, ó más bien la disolución política feudal, produjo efectos tanto más perniciosos cuanto que los grandes feudos civiles, los ducados y condados todos, habían llegado ya á ser hereditarios á fines del siglo XI; mientras que la curia romana tenía en sus manos la investidura de los grandes feudos eclesiásticos, de los obispados y abadías. Además de todo esto, el poderío de la Iglesia se acrecentó de una manera extraordinaria, precisamente en la misma época, gracias á las Cruzadas, esas emigraciones de pueblos en sentido inverso, decretadas formalmente en 1095 en el concilio de Clermont bajo la presidencia del papa Urbano II.

Los alemanes no tomaron parte por lo pronto en tan temerarias empresas: en 1096, cuando la innumerable muchedumbre que Pedro el ermitaño quiso conducir desde Francia á la «Tierra Santa», merodeaba por la Alemania del sur, marcando su paso con toda clase de excesos, con el pillaje y el saqueo, y arrojando á la hoguera numerosos judíos para dar una prueba de su caridad cristiana, nuestros antecesores se limitaban á reflexionar sobre aquel nuevo sistema de ejercer la devoción. Sin embargo, el jefe de la primera cruzada que se organizó, el lorenés Godofredo de Bouillon, el conquistador de Jerusalén (1099), era ya un príncipe del imperio alemán; sus compatriotas compitieron muy pronto con los demás pueblos del occidente cristiano en lo de emprender cruzadas; y la peregrinación guerrera (el «querido viaje» según la expresión de aquella época) á la Tierra Santa, llegó á ser asimismo entre nuestros antepasados una moda caballeresca, que persistió aún cuando la conquista de Jerusalén vino á ser ya cosa imposible. Entonces se emprendió el «querido viaje» á Prusia y Lituania en vez de Jerusalén, para predicar allí el cristianismo á los paganos eslavos y finlandeses, de una manera poco edificante, pero en cambio civilizadora. Tales fueron en su gran conjunto, como nadie ignora, los efectos producidos por las Cruzadas á la tierra «prometida». El choque de los dos gigantes religiosos, del cristianismo occidental y del mahometismo oriental, derramó una lluvia de chispas de instrucción sobre los pueblos cruzados, cuyo horizonte natural é intelectual se ensanchó considerablemente. El comercio, estimulado por el aumento del consumo, buscaba y encontraba nuevos caminos; un poderoso rayo de la clara fantasía oriental difundió alguna luz en la estúpida ignorancia del

monaquismo occidental; los habitantes del oeste, del sur y centro de Europa volvían á trabar relaciones más íntimas por la participación común en una gran empresa; suavizóse la aspereza del particularismo nacional por el hecho de pertenecer á la comunidad cristiana; los hombres aprendieron á conocerse mejor y apreciarse más, y en fin, promovióse el cambio de las ideas y tradiciones, de las fábulas y de la historia, de los usos y costumbres. El cristianismo se reanimaba de nuevo por la convicción de su sólida unidad ante el mundo del Islam. La lucha contra el mahometismo debía prolongarse en lo futuro durante siglos enteros en la historia de Europa, cual verdadera arteria llena de roja sangre. Las Cruzadas, consideradas en el sentido más amplio como lucha entre el Oriente y el Occidente, entre la humanidad cristiana y la musulmana, han fecundado, pues, por muchos conceptos, los trabajos de la civilización europea. También fueron la escuela del romanticismo, cuyos frutos espirituales constituyeron la poesía y el arte románticos, y cuya creación social fué la caballería.

A decir verdad, bien se necesitaban entonces nuevos estímulos civilizadores, pues el siglo XI fué una época de salvajismo y de disolución. En Alemania, dice un cronista eclesiástico de aquella época, «la ambición de los príncipes y la inmoderada co-



PIEDRA SEPULCRAL DE RODOLFO DE SUABIA,
EN LA CATEDRAL DE MERSEBURGO

heim. Todos sabemos que en punto á ceremonias y etiqueta los grandes de Alemania han sido desde un principio sumamente quisquillosos, mirados y enérgicos. El obispo Hezilo quiso hacer entender al ambicioso abad de Fulda cuál era el sitio que rigurosamente le correspondía; y cuando en el citado año el joven rey Enrique IV, que aún no había cumplido los trece años, celebró la Pascua de Pentecostes en la ciudad de Goslar, quiso probar de hecho que dentro de su diócesis ningún eclesiástico, excepto el arzobispo de Maguncia, podía disputarle el primer lugar en las ceremonias ó asambleas. Hallábanse presentes este último prelado, el arzobispo Hanno de Colonia y gran número de magnates, así seculares como eclesiásticos, pues según costumbre, en las grandes festividades acudían siempre á las cortes de los reyes ó emperadores numerosos personajes. Hezilo había tomado sus medidas del modo más conveniente para que

dicia de los obispos y abades fueron la ruina de la Iglesia y del Estado». Los obispos y abades, titulados barones del imperio, no tenían nada que envidiar por la rudeza de sus costumbres ni por su carácter pendenciero.

Como testimonio de esto cítese la escandalosa cuestión que en 1063 se dilucidó al fin por las armas entre el obispo Hezilo de Hildesheim y el abad Widerad de Fulda. En la Navidad anterior había surgido en la corte una violenta polémica entre estos dos reverendísimos señores, porque su reverencia el abad de Fulda había exigido que su silla se colocara en la iglesia al lado de la del arzobispo de Maguncia, contra lo cual protestó monseñor el obispo de Hildes-